

¿INSTINTO O CONSTRUCCIÓN SOCIAL? REVISIÓN CRÍTICA DE ALGUNOS TEXTOS EN TORNO DE LA MATERNIDAD

María Eugenia Urquieta García*

Resumen: Este trabajo corresponde a una parte de la tesis de maestría realizada en el taller de Antropología Médica.¹ El tema de investigación fue el proceso de crianza infantil efectuado por mujeres profesionales. Se consideró que la identidad de los sujetos de estudio estaba fundamentalmente conformada por el hecho materno y la inserción cotidiana en el mercado laboral. Otro elemento de análisis utilizado fue la perspectiva de género, que se enfoca en comprender las diferencias sociales entre hombres y mujeres. Lo que presentamos aquí son algunas reflexiones a partir de tres textos: uno más bien de carácter histórico (Badinter, 1981), otro que presenta datos biológicos acerca del cuerpo femenino (Angier, 2000), y uno de enfoque psicoanalítico y sociológico (Chodorow, 1984). Las tres obras, desde disciplinas diferentes, coinciden en mostrar que las mujeres no poseen una naturaleza innata, que no existe una esencia femenina inalterable fuera de la historia. Nos motivó la constatación del hecho de que en este mundo las diferencias corporales implican diferencias sociales, el más evidente es el racismo, sin embargo, en el sexismo ocurre el mismo fenómeno de asignación desigual de valor a los rasgos somáticos relacionados con la diferencia sexual (Menéndez, 2001).

Al mismo tiempo, buscamos contribuir a desconstruir esa creencia de "sentido común" que a veces permea la ciencia, acerca de que la biología es más estable y difícil de cambiar que la cultura. También nos parece importante mostrar cómo el biologicismo disfraza y manipula tendenciosamente cuestiones relacionadas con la corporalidad.

Palabras clave: relaciones de género, identidad, masculinidad, feminidad, maternidad, crianza, personalidad, conducta, socialización

¿Por qué las mujeres cuidan a los niños y las madres a los hijos?

UNA RESPUESTA COMÚN A LA PREGUNTA DE POR QUÉ SON LAS MADRES Y NO LOS PADRES DE LOS HIJOS DE AMBOS quienes los cuidan, consiste en que ellas "innatamente" están dotadas para hacerlo; sin embargo, se partirá del presupuesto de que en los seres humanos nada es innato, todas y cada una de las aptitudes de nuestra

especie se aprenden de manera consciente o no. La antropología es precisamente una de las ciencias que mejor ha documentado esta realidad. Murdock reseñó de manera pormenorizada la variabilidad en el comportamiento y en las instituciones humanas. Se podría argumentar en contra de nuestro presupuesto básico que, dado que en la mayoría de las culturas conocidas y documentadas quienes se ocupan de los niños y las niñas son las mujeres, entonces esa generalización implicaría que ellas tienen algo en particular que las

* Universidad de Quintana Roo. Correo electrónico: eugsalin@uqroo.mx

¹ Taller de Antropología Médica, en los años en que fue dirigido por Eduardo Menéndez en la ENAH.

hace más propensas o más hábiles o más eficaces para cuidar de las crías humanas.

Sin embargo, existen dos elementos que nos hacen dudar de una simplificación de este tipo: a) que el tener ese *surplus* sobre los hombres, coloca a las mujeres en una situación subordinada y b) que en la medida en que a las mujeres les es permitido en términos sociales, acceder a otras opciones de vida legítimas, escogen tener menos hijos o no tenerlos en absoluto.

Por tanto, si un suplemento inferioriza, despierta la sospecha de que no es un algo más, sino un algo menos, más aún cuando en la medida en que las mujeres pueden liberarse de ese privilegio, lo hacen.

E. Badinter analiza en términos históricos la construcción del amor maternal, su libro comienza reflexionando acerca de datos históricos que documentan la completa indiferencia de las mujeres respecto de sus hijos recién paridos durante 1780 en Francia. Señala cómo en aquel entonces de 21 mil niños nacidos anualmente en París, solamente mil eran criados por sus madres, aproximadamente otros mil eran amamantados por una nodriza en la casa paterna y todos los restantes fueron entregados a nodrizas en lugares más o menos alejados del domicilio paterno. En tales circunstancias, existió una gran mortalidad de niños que ni siquiera recibieron la mirada de sus madres. Según las actuales creencias de que el instinto maternal es algo natural, el comportamiento de aquellas madres del siglo XVIII parecería desnaturalizado, aberrante. La autora escribe a este respecto:

"Como la procreación es natural, nos imaginamos que al fenómeno biológico y fisiológico del embarazo debe corresponder una actitud maternal determinada".

Hoy día es normal en el sentido de norma, de comportamiento legitimado por la mayoría de las personas, que al embarazo y al parto prosiga una actitud de la madre de completa dedicación y compromiso afectivo con el recién nacido.

Según el sentido común actual:

No tendría sentido procrear si la madre no concluyera su obra garantizando hasta el fin de la supervivencia del feto y la transformación del embrión en individuo acabado. Esta creencia resulta corroborada por el empleo ambiguo del concepto de maternidad que remite tanto a un estado fisiológico momentáneo, el embarazo, como a una acción a largo plazo: la crianza y la educación (Badinter, 1981).

La firme y arraigada creencia de que el embarazo vincula de manera automática a la mujer con su hijo, hacen inexplicables los fallos del amor maternal, como ése de las mujeres urbanas que vivieron entre el siglo XVII y XVIII y que los historiadores han documentado ampliamente.

Si bien hoy día existe amplio consenso respecto de lo inadecuado que resulta referirse a los instintos, cuando se analizan comportamientos humanos, se ha reemplazado el llamado "instinto maternal" por el de "amor maternal"; sin embargo, la connotación sigue siendo muy parecida —por no decir idéntica—, cualquier mujer normal debe amar a su hijo por sobre todas las cosas y ello implica adivinar lo que necesita durante sus primeros años y estar dispuesta al auto sacrificio para colmar todas las necesidades de ese pequeño ser.

Badinter hace añicos esa creencia en 300 páginas, reseñando el comportamiento de las francesas durante cuatro siglos, muestra las más variadas actitudes maternas y los diversos tipos y grados de amor de los padres hacia los hijos. Enseña cómo el amor maternal, al igual que otros sentimientos humanos, es incierto, frágil e imperfecto.

"Contrariamente a las ideas que hemos recibido, el amor maternal tal vez no esté profundamente inscrito en la naturaleza femenina". Si se observa la evolución de las actitudes maternas se comprueba que el interés y la dedicación al niño a veces se manifiesta y a veces no lo hace. A veces existe ternura y otras tantas desaparece.

Una historia de cómo se fue gestando el amor maternal

Para analizar históricamente las actitudes maternas, nos explica Badinter, no basta con estudiar las estadísticas o saber las opiniones de unas y otros, sino que es necesario comprender el concepto de madre según la situación clásica de conyugalidad en occidente, de mujer casada con hijos legítimos; en dicho contexto, ella es un personaje relativo y tridimensional, es relativa porque está en relación con el padre y el hijo, y es tridimensional porque aparte de estar inserta en esa doble relación es también una mujer: "...Un ser específico dotado de aspiraciones propias, que a menudo no tienen nada que

ver con las de su marido ni con los deseos del niño" (*ibid.*: 83).

Las funciones asignadas al padre, a la madre y al hijo, las condicionan los valores y las necesidades hegemónicas de una sociedad en un momento determinado por ello: "La mujer será una madre más o menos buena según la sociedad valore o desprecie a la maternidad".

En este sentido, Marvin Harris complementa y profundiza el asunto, desde la perspectiva del materialismo cultural. Como antropólogo, toma en cuenta el aspecto ideológico y lo que dicen los miembros de una sociedad, pero además compara y contrasta con lo que hacen en concreto los padres y las madres. Dadas las características de nuestra especie, las condiciones ambientales que los seres humanos creamos van a repercutir en la biología de las hembras humanas. "El pleno apoyo a los embarazos implica reforzar la dieta de las mujeres embarazadas y reducir el volumen del trabajo que hacen"; en consecuencia, se provoca indirectamente el aborto cuando la carga de trabajo de las embarazadas es excesiva y cuando su nutrición es deficiente.

Igual cosa ocurre con los recién nacidos, quienes para ser bien atendidos necesitan madres bien nutridas y emocionalmente dispuestas a hacer una labor reconocida en lo social.

Sin embargo, los valores hegemónicos y los imperativos sociales por sí solos no son los únicos que determinan la conducta materna, Nancy Chodorow, en *El ejercicio de la maternidad* (1984), explica y argumenta desde la perspectiva psicoanalítica, la manera en que se conforma la identidad de las niñas y los niños, la importancia de la etapa preedípica y edípica, así como la relación con mamá y papá.

En esta parte veremos en profundidad a Badinter; para ella, un factor muy importante que permea la conducta de las mujeres hacia los hijos se llama "lucha entre los sexos" (*op. cit.*: 105). Los hijos serán piezas estratégicas en esa lucha entre los hombres y las mujeres. Durante las épocas en que los niños debían someterse a la autoridad paterna, las madres tenían que resignarse a estar subordinadas en el hogar. "Según las épocas y las clases sociales, las mujeres padecieron esas funciones o intentaron sacar ventajas de ellas para huir de sus obligaciones de madre y emanciparse del yugo del marido".

Durante las épocas en que la ideología dominante consagra al niño como rey de la familia, la sociedad exige a las madres, por medio del control y la vigilancia de los maridos, que renuncien a sus aspiraciones en tanto mujeres. De este modo, sin saberlo ni proponérselo, los niños se convierten en aliados objetivos del hombre/padre y en carceleros de sus progenitoras.

Badinter rastrea en las mentalidades el lugar que ha ocupado el concepto de maternidad, explica que en el siglo XVII la teología y particularmente San Agustín, proponen normar el comportamiento hacia los niños, mismos que son considerados malignos, y en consecuencia es necesario tratarlos con rigurosidad e incluso aconseja no escatimar en el uso de la violencia para educarlos.

Descartes, por otra parte, opina que la infancia es la sede del error, "de modo que hay que liberarse de la infancia como del mal" (Badinter, 1981: 200).

Para la gente del pueblo que se encuentra lejos de los teólogos y los filósofos, los niños muchas veces se convierten en un estorbo. Los cuidados, la atención y el trabajo que representa un bebé en casa, es algo de lo cual los padres prefieren eximirse. Para ese problema ha existido una gama de opciones que van desde el abandono físico hasta el abandono moral; desde el infanticidio hasta la indiferencia.

La negativa materna de darle pecho al hijo constituye para Badinter un primer signo de rechazo, en particular en aquella época en que todavía no se inventaba la alimentación artificial (chupones, biberones, leches maternizadas industrialmente) aquello constituía negarse a nutrirlo y en consecuencia enfrentarlo al riesgo de muerte.

La costumbre de pagar una nodriza es exclusiva de la aristocracia hasta finales del siglo XVI. Posteriormente, en el siglo XVII, ese hábito se extiende a la burguesía y más adelante, en el transcurso del siglo XVIII, se extiende a todos los sectores de la sociedad urbana. "Desde los más pobres a los más ricos, en las ciudades grandes o pequeñas, se generaliza el fenómeno de la entrega de bebés a nodrizas". Si bien se convierte en una costumbre generalizada el entregar al recién nacido a una nodriza para que lo amamante, existen diferencias importantes en la forma de hacerlo. La nobleza y la alta burguesía contrataban una nodriza a domicilio. La burguesía

media, los comerciantes y aquéllos que desempeñan oficios que se los permita, encargan sus hijos con nodrizas que viven cerca de sus ciudades. En la medida en que disminuyen los recursos de los padres, más lejos se van los hijos con nodrizas más baratas.

Para las mujeres que tenían que trabajar para vivir los hijos constituían un estorbo. M. Garden comenta acerca de Lyon que en las familias que se dedican a oficios en donde se necesita la fuerza y destreza laboral de ambos cónyuges, para la esposa es muy difícil quedarse con sus hijos y criarlos. Las esposas de los obreros de la seda, por ejemplo, que deben estar manejando el telar largas jornadas, no pueden dedicarse a cuidar sus propios hijos, si así lo hicieran, el trabajo ya no sería mínimamente rentable. Son los hijos de esa categoría de artesanos quienes tendrán que ser excluidos de la familia. Por ello, en esta categoría socioprofesional se encuentran mayor cantidad de niños enviados con nodrizas y muertos durante la crianza.

La explicación económica del éxodo masivo de los niños de la ciudad a los poblados lejanos de las nodrizas peor pagadas, se explica sólo en parte por las paupérrimas condiciones de vida de los padres biológicos. Sirve a Badinter para analizar mejor el problema, examinar las gráficas de las categorías socioprofesionales de los padres de los niños muertos durante la crianza. En ellas no sólo aparecen los sectores más pobres, sino también otras categorías que podían vivir de manera más holgada y para las cuales ocuparse de un bebé en casa no ponía en riesgo su propia supervivencia. Es el caso, por ejemplo, de los comerciantes ricos, el de muchos mercaderes de vinos, sastres o artesanos. Entonces, ¿por qué habiendo podido objetivamente criarlos en casa los mandaban lejos a una muerte casi segura? Para E. Shorter son los valores sociales de aquella época en donde la vida de los infantes no constituía una preocupación relevante, él anota:

Si les fallaba el amor maternal, es porque estaban coaccionadas por circunstancias materiales y por la actitud de la comunidad que dejaba el bienestar del niño en un plano secundario, y le antepone otras consideraciones, como por ejemplo la necesidad de hacer marchar la granja o de ayudar a tejer al marido.

Los historiadores de las mentalidades interpretan el desapego de las madres respecto

de sus hijos como una estrategia para sobrelevar la alta probabilidad de que murieran durante su primera infancia. "Dada la elevada tasa de la mortalidad infantil hasta fines del siglo XVIII, si la madre se apegara intensamente a cada uno de sus niños con toda seguridad moriría de tristeza" (Badinter 1981). Pero esta explicación otra vez cae en el supuesto de que el amor maternal es una constante transhistórica.

Entonces, para rebatir tal argumentación, la autora estudia a aquellas mujeres de la clase acomodada, con todos los recursos a su alcance, que no necesitaban trabajar, que hubiesen podido tener a sus hijos en casa cuidados por nodrizas y nanas. Sin embargo, no ocurrió así, al igual que sus contemporáneas ellas no se hicieron cargo de sus propios vástagos, evidentemente porque no era algo que les diera alguna satisfacción ni prestigio. Fácilmente se zafaron de esa carga, sin el menor sentimiento de culpa y sin que ello significara escándalo ni reprobación social, los cronistas de la época que documentan estos hechos lo hacen con toda naturalidad, sin emitir juicio condenatorio alguno.

En consecuencia, no fue por la elevada mortalidad de los niños que sus madres no se apegaban a ellos, sino al contrario, como sus madres no se interesaban en ellos, no los cuidaban, y por eso morían en grandes cantidades.

Badinter remarca con datos históricos fehacientes la diferente mentalidad de los siglos XVII y XVIII, respecto de la que impera en el siglo XX. Entre otros autores cita a F. Lebrun, quien escribe: "en el nivel humano, la muerte del niño pequeño es vivida como un accidente banal, que ha de ser reparado por un nacimiento ulterior".

Continuando con su argumentación, la autora añade que si algún sentimiento profundo se conformaba respecto de los hijos, éste era desigual según el género y según el sitio que ocupaba en la familia; eran queridos, nutridos y cuidados los primogénitos varones. Las grandes desigualdades dadas a los hijos e hijas según su estatus en la familia era asunto normal del que nadie se quejaba o exigía mayores explicaciones.

Para las mujeres de la nobleza y las cortesanas constituía un acto vulgar y poco decoroso amamantar a los hijos, por ello se negaban a hacerlo. Dicha práctica era considerada de salvajes. Los niños de meses eran

decididamente una molestia para sus padres, ocuparse de ellos no era divertido así como tampoco elegante.

La vida mundana era el estilo ideal de convivencia, las mujeres debían hacer y recibir visitas, ostentar un vestido nuevo, frecuentar el teatro y la ópera. El entorno social lejos de condenar a las mujeres de alto rango por no prestar atención a sus hijos, las aplaudía, pues no había nada menos distinguido que "demostrar amor por los hijos" (Badinter 1981: 77).

En la Europa del siglo XVIII era un privilegio ser francesa, las mujeres de aquel país gozaban de manera indiscutible mayores libertades que las españolas o las italianas. Sólo Inglaterra podía emular a Francia en lo que respecta al permitir a las mujeres gozar la vida y "no tolerar la menor alineación", incluida la engorrosa tarea de hacerse cargo de niños pequeños.

Ambas naciones, Francia e Inglaterra, eran consideradas las más desarrolladas de Europa y sus costumbres las más refinadas del mundo.

A inicios del siglo XVII, comienzan a destacarse en la vida mundana un nuevo tipo de civilización y cultura elitista, es el movimiento preciosista cuya característica más sobresaliente es "su afán furioso de distinción" (pág. 83). Protagonistas de ese movimiento cultural fueron las francesas nobles y aristócratas, es por esta causa que ellas se esfuerzan en ser "platónicas, libres y sabias". Para ellas, nada había peor que la vulgaridad.

"Resueltamente hostiles al matrimonio y a la maternidad, las Preciosas no renuncian al amor [...] Todo su arte consiste en hacerse desear sin dejarse poseer" (pp. 84).

A finales del siglo XVII, información proveniente de una encuesta acerca de los cónyuges que podían firmar su acta de matrimonio y en consecuencia sabían leer y escribir, arrojaba que 79% de los hombres y 85% de las mujeres eran analfabetas. En ese marco, las Preciosas hacían grandes esfuerzos por cultivarse, pues las instituciones para instruir intelectualmente a las mujeres no existían. El convento les enseñaba medianamente a leer y a escribir, pero lo que mejor podían aprender allí era labores de costura y cursos de religión. El único espacio en donde ellas podían encontrar conocimiento, oportunidades de diálogo y los primeros rudimentos de ciencias y filosofía, era en la vida social, en las tertulias y las fiestas.

Las Preciosas, en su afán por cultivarse y acceder al saber, se alejaron de la economía doméstica y del rol de ama de casa, asunto que en la sociedad francesa sólo encontró un tibio reproche reflejado en la literatura de la época, mismo que no hizo mella en su voluntad de lograr autonomía intelectual. Durante el siglo XVIII un pequeño grupo de mujeres de las clases altas lograron acceder a un reconocimiento intelectual en tanto filósofas, tal es el caso de la señora Deffand o la señora Chalet, esta última escribe: "La pasión por el estudio es mucho menos necesaria a la felicidad de los hombres que a la de las mujeres..." (pág. 88).

En conclusión, son tres los tipos de mujeres de las clases nobles que sobresalen en aquella época: las mundanas, las Preciosas y las filósofas; todas ellas tienen en común el hacer del egoísmo una virtud, misma que les permite brillar en el mundo público y liberarse de las obligaciones que impone la maternidad.

Durante los siglos XVII y XVIII la educación de los niños de la burguesía y la aristocracia comprende tres etapas, en ninguna de ellas figura la madre o el padre como criadores o educadores. En la primera es entregado a la nodriza después de unas horas o a lo máximo unos cuantos días de haber nacido. Si sobrevive, regresa a la casa paterna alrededor de los tres o cuatro años para que la gobernante se haga cargo de él. Si es varón, después de los ocho años se encarga de educarlo un preceptor. Alrededor de los 10 o 12 años, nuevamente emigran lejos de la casa paterna y los custodian, en el caso de los muchachos los colegios con internados, en el de las muchachas los conventos.

En aquellas condiciones, la mortalidad era elevada, desde 1740 a 1749 la tasa de mortalidad infantil fue de 27.5%, y de 1780 a 1789 fue de 26.5% (pág. 110).

¿Necesidad social?, ¿necesidad de los hombres?, o ¿necesidad de la burguesía?

Casi al finalizar el siglo XVIII se produce lo que Badinter denomina una especie de "revolución de las mentalidades". A partir de 1760 comienzan a publicarse escritos que aconsejan a las madres ocuparse personalmente de sus hijos, exigiéndoles que les den pecho, así van subiendo de tono y argumen-

tando cada vez con más elementos, van creando la obligación para las mujeres de ser ante todo, madres.

A finales del siglo XVIII existe el imperativo de producir seres humanos que desde ese momento comienzan a considerarse como la riqueza del Estado. En este momento se vuelve importante evitar la mortalidad de los niños en general, para cuya tarea van a necesitar la colaboración de las mujeres, pero para ello van a necesitar convencerlas de lo importante y valioso que es ser una buena madre.

Moralistas, administradores y médicos se dedican arduamente a la tarea de convencerlas con toda clase de argumentos. Comenzaron adulándolas² y prometiéndoles que encontrarían la felicidad en el seno del hogar, así como también el respeto y el reconocimiento público.

Pero esas mujeres no fueron fáciles de convencer. Hubo que elaborar tres tipos de discursos para hacerlas comprender y sentir su función maternal: uno fue de tipo económico alarmista, dirigido a los hombres de razón. Otro fue el discurso filosófico³ dirigido a ambos géneros, y por último un tercer discurso dirigido sólo a las mujeres.

Con la desaparición de las guerras, la peste y a partir de 1750 también de las hambrunas, comienza el descenso de la mortalidad de los adultos, no modificándose de forma significativa la mortalidad infantil.

Mirabeau (citado por Badinter, 1981: 123) argumentaba desde otra perspectiva que las causas de la despoblación de Francia era producto del latifundismo, el lujo y el despilfarro, así como también la fiscalización y la decadencia de la agricultura, mismos que frenaban la producción y en consecuencia también la riqueza y la natalidad. Las reformas que se propusieron desde esta perspectiva se consideraron mucho más difíciles de implementar que buscar por otros medios frenar el "desperdicio de seres humanos" mediante la disminución de la mortalidad infantil.

² Al respecto, resulta interesante checar los correos electrónicos en nuestra universidad el 10 de mayo.

³ Diversas cosmogonías y filosofías de civilizaciones diversas crean mitos para otorgar sentido al sufrimiento y a la muerte que conlleva una función, por ejemplo, entre los nahuas las mujeres que morían en el parto se consideraban guerreras muertas en batalla y se iban al mismo cielo que los guerreros.

Así, con el comienzo de la preocupación por aumentar la población, inicia la búsqueda de formas para reducir la mortalidad de los niños.

Según Badinter, es a finales del siglo XVIII que el niño adquiere valor en tanto que comienza a ser considerado como un potencial generador de riqueza.

El célebre demógrafo Mohen escribe: "El hombre es el principio de toda riqueza [...] una materia prima apropiada para trabajar a todas las demás, y que amalgamada con ellas les da un valor y lo recibe" (*ibid.*: 90).

En 1756 el problema de los niños abandonados, de los cuales se hace cargo el Estado y muchos de los cuales luego mueren, será analizado por un célebre "filántropo": el señor Chamousset, quien hace una serie de cálculos económicos y luego elabora argumentaciones para convencer a la gente de su época de que es completamente irracional desperdiciar la vida de los niños, los cuales, de ser bien cuidados, se convertirán en hombres productivos generadores de riqueza para el país.

Chamousset representa una nueva mentalidad que empieza a desarrollar el sentido de la previsión y la anticipación, misma que le hace enfatizar más la fuerza productiva que encarna el niño en el largo plazo, que la carga que representa en lo inmediato y a corto plazo.

De allí en adelante la preocupación poblacionista motivará la mayoría de los discursos filantrópicos y humanistas.

Sin embargo, para exigirle a la mayoría de las mujeres sacrificar su propio bienestar inmediato para dedicarse a cuidar niños, no fueron suficientes las argumentaciones económicas y racionales acerca de la importancia del Estado y el futuro de la nación. Fue necesario elaborar un discurso que las convenciera de que en la maternidad podían encontrar felicidad, amor e igualdad.

El discurso sobre la igualdad tardó mucho en ser algo más que una filosofía para convertirse en una práctica cotidiana, inició proclamando la igualdad sólo entre los hombres (de rango). Sin embargo, a pesar de no incluir a las mujeres en la igualdad política y de hecho, sí fue muy importante y significativa la corriente igualitaria y libertaria que atravesó la sociedad francesa de finales de siglo XVIII. En primer término fue importante porque hizo posible disminuir la autoridad paterna en el seno de la familia, otorgándole mayor valor y autonomía tanto a la esposa como al hijo.

Rousseau plantea en *El contrato social*

la más antigua de todas las sociedades y la única natural es la familia; pero los hijos están ligados al padre durante el tiempo que lo necesitan para su conservación. En cuanto esa necesidad está superada, el vínculo natural se disuelve. Los hijos exentos de la obediencia que debían a su padre, y los padres exentos de los cuidados que debían a sus hijos, ingresan todos por igual en la independencia. Si continúan unidos su unión ya no es natural, sino voluntaria, y la familia misma se mantiene sólo por convención.

Cuando Badinter analiza este párrafo, llama la atención acerca del hecho de que para Rousseau, el vínculo entre padres e hijos tiene la duración del tiempo que tardan los pequeños en madurar y convertirse en adultos, no más que eso. Es importante también el hecho de que, desde esta perspectiva filosófica, los padres tienen la obligación moral de cuidar de sus hijos, jamás se habla de instinto. Cuando el hijo ya no necesita de sus padres, tampoco debe obedecerlos, recíprocamente los padres se liberan de la obligación de ocuparse de él.

Padres e hijos llegan a ser iguales, independientes y libres, uno tanto como el otro, uno respecto del otro. Si a pesar de eso la autoridad del padre o la madre intenta persistir, se vuelve "artificial", se convierte en una traba para la independencia fundamental del hombre que es su hijo. Al superar sus derechos, el padre se transforma en un tirano y en un déspota (*ibid.*: 207).

Estos asuntos son de vital importancia, pues en la visión roussoniana "Las familias se vuelven unidas en la medida en que el apego recíproco y la libertad son sus únicos vínculos". Desde ese momento en adelante, la familia no será considerada como una sociedad natural, sino como una asociación voluntaria equivalente a una sociedad política fundada en acuerdos tomados por mutuo consentimiento. La célebre frase "el hombre nació libre" hace de la libertad una condición consustancial al ser humano, dentro de esta visión educar un hijo es hacer de un ser temporalmente frágil y vulnerable, una persona autónoma igual a sus padres.

Sin embargo, desdichadamente la lógica y el reformismo de Rousseau fueron válidas sólo para los hombres, excluyó del discurso

libertario a las mujeres, ellas continuaron definiéndose en relación con el hombre ya sea como esposas o madres, la Sofía fue educada para servir al Emilio y cuidar a los hijos.

De otra parte, también existieron en ese siglo voces más incluyentes, como la de Montesquieu, quien señalaba que la naturaleza no somete las mujeres a los hombres y en consecuencia "el dominio que ejercemos sobre ellas es una verdadera tiranía". Si las mujeres no tienen poder, es una injusticia que es necesario eliminar, si ellas efectivamente están en una condición de inferioridad respecto de los hombres de este siglo, el motivo no es su naturaleza, sino la educación que se les da, o más bien la que se les niega.

El siglo XVIII fue el siglo de los enciclopedistas, quienes afirmaban que el poder sobre los hijos debían ejercerlo en igual medida padres y madres, lo que implicaba subir de rango a las mujeres respecto del periodo anterior, quienes desde ese momento comienzan a tener derecho a ejercer su autoridad en el ámbito familiar.

También el siglo XVIII fue de los iluministas, para los cuales era muy importante la búsqueda de la felicidad, lo que luego redundó en la valorización del amor. Estos valores influyeron en hacer más paritarias las relaciones entre marido y esposa.

La felicidad deja de ser un asunto solamente individual, hay que vivirla entre dos mientras se logra alcanzarla de forma colectiva. Durante el siglo XVIII se descubre que para que marido, esposa e hijos sean felices, es necesario el amor recíproco. Ya no es el amor-deseo pasional y caprichoso, sino el amor-amistad mismo que en la actualidad se denomina como ternura.

Estos elementos inician una transformación de las costumbres, misma que es liderada por la burguesía ascendente y ya no por la aristocracia. En esas nuevas condiciones, también comienza a transformarse la institución matrimonial.

La nueva ideología que funda las uniones matrimoniales, proclama que ha de ser ése el lugar privilegiado de la felicidad y la ternura. Se dice que el momento culminante de esas uniones es la procreación, el mejor representante de esa ideología es Rousseau, quien exalta las dulzuras de la maternidad.

Badinter opina que:

...el siglo XVIII lanzó la idea de la responsabilidad paterna, el siglo XIX la confirmó acentuan-

do la de la madre, y el siglo xx transformó el concepto de responsabilidad maternal en el de culpabilidad maternal.

Es en ese siglo que nace la idea de un "nido afectivo" de "una unidad sentimental" que comprende al marido, a la esposa y a los hijos de ambos; comienza a tomar forma la familia nuclear y con ella la noción de privacidad y vida privada. La arquitectura construye habitaciones independientes con entradas particulares para conversaciones a solas y relaciones íntimas, lejos de las miradas y el control de la colectividad.

La pintura y la literatura de finales del siglo XVIII tienden a exaltar la armonía y lo idílico de aquella nueva circunstancia de la familia nuclear, sin embargo, es necesario tener en cuenta que en ese periodo padres y madres están sólo empezando a interesarse por sus hijos, no digamos a sacrificarse. Para la burguesía —que de allí en adelante será la clase hegemónica—, se convierte en problema prioritario la supervivencia de los niños.

El éxito de esa empresa, hacer que los niños sobrevivan a sus primeros años, lo ubican en el asunto de que sean amamantados al pecho por sus propias madres, entonces, las mujeres se convierten en la pieza clave de ese engranaje. Se convierten así en "responsables de la nación", para convencerlas combinan las súplicas, la adulación del rol materno y, para las más renuentes, la culpabilización.

En 1762 Rousseau publicó *Emilio*, obra maestra en la campaña de convencimiento dirigida a las mujeres para que se ocupen personalmente de sus hijos; allí él escribe:

La primera educación de los hombres depende de los cuidados de las mujeres; de las mujeres dependen también sus costumbres [...] Los deberes de las mujeres de todos los tiempos han sido criar a los hombres en su juventud, cuidarlos cuando son grandes, aconsejarlos, consolarlos... (Rousseau, 1762: 149).

El "buen salvaje", retorno a la naturaleza y amamantamiento al seno materno

Desde Plutarco hasta el doctor Brochard (a finales del siglo XIX) pasando por Favorinus, Erasmo y muchos más apelaron a la natura-

leza para convencer a las mujeres de que les dieran pecho a sus hijos. Todos ellos argumentaban que si la naturaleza había dado dos senos a las féminas de la especie humana era, sin lugar a dudas, para amamantar a sus crías y no para sacar ventajas de su belleza o para otorgar placer a un marido sensual.

Los médicos, ante la desobediencia de las mujeres hacia los consejos de los moralistas, intentaron convencerlas con el argumento de que la leche materna era el mejor alimento que los niños de pocos meses podían recibir. Pero tampoco este razonamiento, que en algunos casos podía comprobarse empíricamente, hizo que las mujeres emprendieran voluntariamente la acción de amamantar, pues todavía no estaban dispuestas a hacer ese esfuerzo.

Al no ser suficientes los argumentos antes esgrimidos, hubo que recurrir a otro más que se puso muy en boga durante el siglo XVIII, éste fue el de honrar a la mujer salvaje.

Buffon en su *Histoire naturelle* escribe extensamente sobre los testimonios de los viajeros que describen las armoniosas costumbres de las salvajes de África y América, que andan desnudas y alimentan a sus hijos hasta el destete.

En 1769 Raulin ensalza la vida salvaje, particularmente se enternece con las dulces mujeres mexicanas,⁴ quienes: "viven siempre de los mismos alimentos, sin cambiarlos durante el tiempo que amamantan a sus hijos con su leche. Suelen hacerlo durante cuatro años" (Badinter, 1981: 287). Junto con exaltar a las mujeres salvajes, exaltaron también a las mujeres de la antigüedad, esposas de los primeros griegos, romanos, germanos y galos, que como madres eran ellas mismas quienes amamantaban a sus hijos. Sin embargo, ése fue un argumento de doble filo, pues los mis-

⁴ Es interesante para quien se ocupa de contrastar fuentes diversas sobre el tema de crianza infantil, conocer el trabajo de arqueólogos, epigrafistas y antropólogos físicos que reconstruyen el lugar de las mujeres en las sociedades tanto azteca como maya. "Eran como incubadoras, pues se embarazaban entre los 12 y 15 años, tenían muchos hijos y morían muy jóvenes a los 25 años como promedio, sólo excepcionalmente y por circunstancias extraordinariamente favorables alguna mujer lograba escapar a ese destino y convertirse en gobernante y así lograr como ellos una esperanza de vida mayor de 80 o hasta 90 años". Comunicación personal con el doctor Alexander W. Voss N.

mos historiadores refieren que los pueblos, en cuanto logran condiciones de vida más prósperas y civilizadas, crean las condiciones para que las mujeres deleguen en otros la tediosa y desgastante tarea de criar niños, entonces se convierte en un privilegio dejar de amamantar ellas mismas a sus hijos.

“Cuanto más rica y cultivada es una nación más se apartan las madres de su condición maternal”, escribe Badinter.

Acerca de los pechos femeninos y las bondades de la lactancia al seno materno

“Lo más seguro es que... ¿quién sabe?”⁵

Prosiguiendo con la contextualización en términos teóricos del asunto de la maternidad y la crianza como un ordenamiento social, más que “natural”, nos parece relevante comentar los hallazgos que se presentan en el libro de Natalie Angier, *MUJER. Una geografía íntima*, que en uno de sus capítulos presenta datos biológicos, así como culturales, acerca de los pechos de las mujeres. Lo que nos interesa resaltar es que la complejidad biológica la rinde extremadamente maleable y susceptible de múltiples modalidades en su manifestación individual en la vida de cada persona (mujer).

Esta autora afirma que los senos de las mujeres “son bellos, llamativos, irresistibles”.⁶ Sin embargo, su existencia y significado son arbitrarios, con esta afirmación los coloca en un lugar muy diferente del que les asignan los evolucionistas o los materialistas culturales, quienes les otorgan un valor simbólico o funcional en tanto, suponen ellos, sirvieron en una época para dar una señal a los hombres acerca de la pareja (mujeres) mejor dotada para la supervivencia de la especie.⁷

Angier sostiene que los senos son explotadores sensoriales que aparecen en las hembras humanas por accidente, son accesorios. Anuncian muy poco o nada sobre la salud, la naturaleza o la fecundidad de las mujeres.

A diferencia de los pechos de las hembras de los primates, que sólo se hinchan cuando amamantan y el resto del tiempo son planos al igual que en los machos, en las humanas se hinchan en la pubertad, de manera independiente del embarazo que puede o no ocurrir y permanecen así, voluminosos por el resto de la vida de sus portadoras.

El crecimiento de los pechos en las embarazadas y lactantes es más uniforme que el que ocurre durante la pubertad y es independiente de su desarrollo en esa etapa: “los pechos pequeños crecen lo mismo, en términos absolutos, que los grandes, por lo que dicha expansión temporal⁸ se nota más en mujeres con pechos pequeños” (Angier, 2000: 133), éstas tienen la misma cantidad de tejido lactogénico que las de pechos grandes y cuando amamantan pueden producir, en términos cuantitativos y cualitativos, la misma leche. De tal forma, resulta dudoso en más de un sentido lo que dice el neoevolucionista Marvin Harris, pues unos pechos grandes no garantizan que su portadora tendrá mayor abundancia de leche que otra mujer con senos pequeños, y así garantizar la supervivencia de la especie.

El crecimiento de los senos en sentido estético y erótico ocurre de diferente manera. Su volumen se relaciona con el aumento de los tejidos grasos y conectivos del pecho.

Esta autora señala que lo estético y lo funcional del seno se contraponen, el pecho estético ideal es siempre estilizado y construido de diferente manera en las diversas épocas y se presta para ser moldeable, como la arcilla, blando y flexible. Excitan, atraen, llaman la atención y por eso se utilizan en carteles para vender cualquier cosa.

Si la imagen de una madre amamantando parece hermosa y símbolo de ternura, es porque al mirarla se niega *a priori* lo erótico, sólo de esa manera es posible fijarse y contemplar el vínculo numinoso (primordial, sagrado) entre madre e hijo. Tanto esta imagen la de madre e hijo como vínculo sagrado, como la otra del seno que llama al placer erótico, son construidas en oposición, por lo menos en lo que se refiere a las culturas influidas por el judeocristianismo.

⁵ Refrán popular mexicano.

⁶ Natalie Angier, *MUJER. Una geografía íntima*, Madrid, España, Debate, 2000, p. 132.

⁷ Para mayor información a este respecto *vid.* Marvin Harris, *Nuestra especie*, España, Alianza, 1987.

⁸ Dicha expansión o aumento de tamaño temporal obedece a la proliferación y distensión de las células de los conductos y de los lobulillos (equipo productor de leche), el mayor flujo de sangre, la retención de agua y la propia leche.

En Estados Unidos la exhibición de los senos es agresiva y ubicua, incluso, señala la autora, están "patológicamente obsesionados con ellos".

Lo que se disfruta del pecho femenino en sí son las fantasías que produce, las miradas que provoca y el deseo que despierta, lejos de cualquier alcance práctico y funcional. Las mujeres reales poseen tan diversos tipos de pechos como existen tipos de rostros: senos como lágrimas, como esferas, como copas, como tubos, inclinados hacia los lados, hacia arriba, "pechos dominados por pezones y areolas anchos y oscuros y otros con pezones tan pequeños y pálidos que parecen xerografiados" (Angier, 2000: 248).

Un poco de biología

Todavía no se establece a ciencia cierta cómo se regula el crecimiento del pecho, en particular el tejido graso, que es lo que le da volumen.

Desde el punto de vista funcional de la producción de leche para amamantar bebés, es decir, como glándulas mamarias, los pechos de las humanas son como los de las demás mamíferas. Las glándulas mamarias son glándulas sudoríparas modificadas y la leche es sudor altamente enriquecido. La prolactina, hormona responsable de la producción de leche, aparece en especies anteriores a los mamíferos.

En la cuarta semana de vida del feto aparece el tejido mamario, crece junto a dos líneas mamarias paralelas, antiguas estructuras de los mamíferos que van desde las axilas hasta las ingles. Ambos géneros humanos poseen esas líneas mamarias pero sólo aquéllas que se convertirán en mujeres, recibiendo la estimulación hormonal suficiente, formarán los pechos hinchados femeninos característicos.

El tejido mamario primordial surge pronto en la embriogénesis, y sin embargo lo inusual del pecho en comparación con otras partes del cuerpo es que sigue siendo primordial hasta la pubertad o después. Ningún otro órgano, aparte del útero, cambia de manera tan espectacular su tamaño, forma y función como los pechos durante la pubertad, el embarazo y la lactancia. Los controles genéticos que vigilan el crecimiento celular en otras partes del cuerpo se relajan en el pecho, dando a la enfermedad (cáncer) un fácil asidero (Angier, 2000: 137).

El pecho estético (como lo denomina la autora para diferenciarlo del funcional-maternal) puede desarrollarse antes, paralelamente o después que el glandular. Por lo general, en la adolescencia el cerebro comienza a segregar hormonas que estimulan los ovarios. Éstos, a su vez, liberan estrógenos, los cuales estimulan al cuerpo a colocar "depósitos" de grasa en el pecho. Los estrógenos son necesarios para dar volumen al pecho, pero no son suficientes; la hormona por sí sola no explica los diversos tamaños de senos. Una mujer con pechos grandes no tiene necesariamente niveles más altos de estrógenos que otra con pechos pequeños.

Los estrógenos también sirven para estimular el desarrollo del pecho funcional a la lactancia. El circuito de lactación sigue el esquema hidrodinámico que nos es familiar en los árboles, en los nervios de una hoja o en los vasos sanguíneos de nuestro cuerpo. La leche se genera en cada pequeño fruto lobular y se envía a la espaciosa tubería inferior. Los conductos perforan la piel del pezón, y aunque esos pequeños orificios son ocultados por los pliegues verrugosos de la punta del pezón, cuando una mujer amamanta el pezón se hincha y parece una fuente, pues se ven los orificios de los conductos que segregan leche (*ibid.* 139).

Sólo con el embarazo los conductos y lobulillos concluyen su maduración; con ese proceso, proliferan, se engrosan y diferencian. Los tapones granulares, que tienen la consistencia de cera de los oídos y que en ausencia de la gestación mantienen los conductos cerrados,⁹ empiezan a romperse. Tras el destete, los lobulillos se atrofian, los conductos se retraen, la areola disminuye y la grasa recupera su dominio sobre el pecho.

Algunas mujeres, ante el riesgo de estropear un atributo muy valorado tanto en términos sociales como eróticos, prefieren no correr el riesgo y alimentar a sus hijos con biberón. Para que el embarazo pueda llegar a feliz término tanto para la mujer como para

⁹ Todos estos procesos fisiológicos son relativos, están llenos de excepciones a la norma, ocurren a veces sin haber embarazo, igualmente se rompen y puede brotar del pezón, desde un líquido transparente hasta un líquido blanco. Los procesos descritos no se activan de forma automática e independiente, sino que se encuentran sujetos a actitudes mentales, emocionales y a prácticas culturales valoradas socialmente.

el feto, el cuerpo femenino necesita movilizar una cierta dosis de grasa corporal. La grasa de los senos (sean ellos pequeños o grandes) no pueden indicar el estado nutricional o la salud de la mujer, pues los depósitos de grasa en términos cuantitativos y cualitativos se ubican en otra parte del cuerpo. Específicamente, la grasa que se requiere movilizar para amamantar se toma del tejido adiposo de los muslos, las nalgas y la parte superior de los brazos. En consecuencia, según Angier, el tamaño del pecho no sirve para indicar el valor maternal de una mujer (*ibid.* 145).

La leche materna

La leche es un fluido corporal que en la especie humana ha estado sujeto a múltiples vicisitudes. Sin embargo, a lo largo de la historia, como se ha demostrado en el transcurso, no todas las mujeres han estado dispuestas a ser productoras de esa exudación.

Nunca nadie ha debido suplicarnos para que nuestro corazón lata, o para que el páncreas o el hígado trabajen. Tampoco se han escrito tratados o novelas para explicarnos y convencernos de que nuestra sangre deba fluir durante la menstruación.

La lactancia no es algo natural, de hecho, nada garantiza que se pueda llevar a cabo ni siquiera la mejor disposición y voluntad de algunas mujeres, mismas que aun poniendo todo de su parte, no logran amamantar a sus bebés.

La lactancia, como otros atributos de las mujeres,¹⁰ no ha podido ser simplemente eso, un asunto del cuerpo de las mujeres sobre el que ellas puedan decidir libremente qué hacer y qué no hacer.

A mediados del siglo XX la glándula mamaria fue subestimada por la ciencia, por los médicos y por los industriales. Se consideró que la leche artificial no sólo podía ser un sucedáneo de la leche materna, sino mucho mejor, era un indicador de progreso y signo de buena educación, de distinción. En América Latina las clases hegemónicas se distinguían de las subalternas porque les daban biberón a sus hijos; en cambio, aquellas formadas en su mayoría por las poblaciones amerindias, les daban pecho sin ningún asomo de pudor, recato o buenas costumbres.

Hoy, por el contrario, está sobrevalorada, las instituciones de salud nacionales e internacionales pregonan que ese maravilloso líquido puede salvar de la desnutrición y muerte prematura a millones de niños del tercer mundo.

Natalie Angier inicia explicando que la glándula mamaria es como una glándula sudorípara modificada, para luego proseguir y decir que también se puede ver como una *placenta modificada*. La placenta y la glándula mamaria tienen mucho en común. Se especializan y su función puede ser temporal o no existir en absoluto. Ambas están diseñadas para alimentar a las criaturas humanas. No existe otro órgano humano tan efímero ni tan exclusivo como la placenta y la mama.

Su existencia la justifica la existencia del bebé y cuando el hijo ya no lo necesita, se retiran. La lactancia es una función contingente y producto de una respuesta condicionada. Intervienen en su puesta en marcha factores emocionales y racionales de aprendizaje, socialización primaria y secundaria, de costumbres enseñadas en el seno de una colectividad cultural. Intervienen también factores subjetivos que tienen que ver con la relación con la propia madre y otras mujeres que nos enculturaron durante nuestros primeros meses y años de vida. Tiene que ver con la forma en que se adquiere la identidad femenina, en cómo se valora lo erótico y lo maternal en el discurso ideológico y en la práctica cotidiana. Interviene el tipo de conyugalidad y el hogar o familia que se aspira construir, así como también los aspectos no resueltos y el modelo de mujer que no queremos reproducir.

Quizá por todo lo señalado y otros factores más, el inicio y el mantenimiento de la lactancia es para muchas mujeres contemporáneas frustrante y lleno de contratiempos, sin embargo, sobre este asunto, sobre los problemas concretos de las mujeres contemporáneas respecto de amamantar, se ha escrito muy poco.

En relación con la producción de leche, el cuerpo de las mujeres está preparado para fluir y para dejar de hacerlo. De la misma manera que la sangre, la leche debe estar preparada para fluir, pero es un fluido tan caro, que el bebé debe tener la suficiente tenacidad para succionarlo hasta que salga. La leche no sale espontáneamente después

¹⁰ La fertilidad o la esterilidad entre otras.

del parto, así como no todos los bebés saben chupar de inmediato, quizá porque no todos ensayaron en el vientre (en calidad de fetos) la tarea de chuparse el pulgar; por ello, a ciertos bebés es necesario enseñarles a succionar, estimulándolos suavemente con el dedo (del adulto mamá, papá, médico o enfermero) en el paladar.

Tras el parto, los niveles de progesterona y estrógenos disminuyen abruptamente. En algunas mujeres este descenso del nivel hormonal, combinado con otras variables como el estilo de vida, redes de apoyo y calidad de la comunicación con el cónyuge, les puede provocar una depresión temporal. Sin embargo, para las glándulas mamarias ese cambio abrupto de las hormonas es estimulante. Las células alveolares quedan en disposición para absorber la prolactina en circulación y lo hacen. Inicialmente hacen lo que se acostumbraron a hacer: calostro (líquido viscoso, lleno de proteínas, carbohidratos, entre otros ingredientes), esta sustancia es amarilla porque es rica en carotenos, necesarios para la fabricación de vitaminas A y B. Lo primero que succiona el niño es calostro, sigue succionando hasta que esos movimientos estimulan el cuerpo de la madre, del pezón y por conductos neuronales llegan hasta el cerebro, donde recibido el mensaje se inhibe la producción de dopamina. En la medida en que disminuye la dopamina aumenta la cantidad de prolactina que envía la pituitaria. Con el insistente y perseverante succionar de la criatura, se estimula la pituitaria de la mujer, segregando de esa forma la oxitocina;¹¹ es el momento de la subida de la leche. La oxitocina envía la señal que hace que el tejido muscular que rodea los alvéolos hinchados se contraiga, ello provoca que la leche sea impulsada por medio de los conductos y del pezón hacia la boca del bebe. Como vemos, no es en absoluto un asunto sencillo ni para la madre ni para el recién nacido, ambos deben involucrarse en una tarea que requiere confianza, ayuda mutua, serenidad, como mínimo. No debe olvidarse, además, que este proceso lo facilita el que sea realizado apenas

¹¹ Este proceso en que interviene la oxitocina hace también que se contraiga el útero, expulsando los últimos residuos de la placenta y de esta forma prevenir posibles infecciones. Las contracciones también ayudan a que el útero recupere su tono muscular y tamaño original.

unas horas después del trabajo de parto que, como su nombre lo indica, es un trabajo para ambas partes: para la madre y para el niño.

Cada especie mamífera elabora lo que necesitan sus crías para alimentarse cuando acaban de nacer. El tipo y la cantidad de agua, lípidos, carbohidratos y proteínas se modifican en cada una de las leches que elaboran las diferentes hembras de las diversas especies. Mientras más lentamente crezcan los animales, más baja es la concentración de aminoácidos. Dado que los seres humanos es la especie que crece más despacio, la leche de las mujeres contiene la menor dosis de proteínas de todas las especies. Los riñones de un recién nacido son todavía inmaduros, por ello a los bebés no se les puede dar leche de vaca sin antes procesarla.

Lo que a la leche humana le falta en proteínas se complementa con lactosa, el principal carbohidrato de la leche (azúcar); en términos cuantitativos la lactosa ocupa el segundo lugar, el primer lugar lo ocupa el agua.

La leche humana contiene muy poco hierro, sin embargo, posee lactoferrina, una proteína que permite la absorción completa del hierro. Igual cosa ocurre con otros oligoelementos como el zinc y el cobre, los cuales son muy raros en la leche materna, pero cuando están, las proteínas y los azúcares de la leche los captan cuidando que no sean eliminados. La leche humana es una solución compuesta por más de 200 elementos, muchos de los cuales todavía no se sabe qué funciones cumplen. Las propiedades inmunológicas de la leche materna son abundantes, todavía no se han podido sintetizar químicamente para ponerlas en las leches industriales sin provocar efectos colaterales.

La Organización Mundial de la Salud y UNICEF recomiendan también que las mujeres amamenten durante dos años y más a sus hijos, pero hasta el momento el único grupo cultural contemporáneo que amamanta a sus niños por más de dos años son los !Kung, quienes destetan a los niños a los 2.8 años.

Amamantar es una conducta que se aprende y al parecer los humanos nos estamos volviendo cada vez menos hábiles para ella.

Para muchas mujeres modernas es difícil quedarse quietas por media hora, ya sea sentadas o acostadas, algunas mujeres se relajan con mayor facilidad cuando dan el biberón que cuando tienen que dar pecho.

Otras más no logran conseguir la paciencia necesaria que requiere el amamantamiento. A veces, los pezones se agrietan y sangran porque las cosas ocurren de manera diferente en la vida de las personas de como escriben los libros de fisiología humana. También existen mujeres a quienes les encanta dar el pecho a su hijo y lo disfrutan divinamente, cuando se acerca la hora de dar teta estén donde estén la leche se les escurre, avergonzándolas frente a colegas y amigos. Se enamoran de su bebé y todo lo demás pasa a segundo lugar.

La praxis materna

Hemos dado un vistazo a la historia para demostrar que la sociedad y sus intelectuales (llámense filósofos, sacerdotes, juristas, moralistas, médicos, sociólogos, etc.) desde épocas antiguas han tenido que darse a la tarea de convencer a las mujeres de que amamanten de manera personal a sus bebés, también han elaborado argumentos y todo tipo de amenazas para constreñirlas a que cuiden de sus propios hijos. Existen suficientes elementos que demuestran que las mujeres no amamantan ni crían a sus hijos de forma espontánea y natural, sino que es necesario todo un trabajo intelectual de persuasión para que lo hagan.

También se requiere una cierta subjetividad, una predisposición emocional, un querer hacer esa labor, un deseo de ser madre y un regocijarse, por lo menos en un cierto nivel, en el ejercicio de esa función.

Nancy Chodorow, en su libro *El ejercicio de la maternidad* se ocupa de entender la sociología de la maternidad y la paternidad en la crianza de los y las hijas, desde una perspectiva psicoanalítica, para lo cual examina los postulados de Freud respecto de cómo se construyen las subjetividades y los deseos en hombres y mujeres. Esta autora se centra de manera particular en la construcción de lo psicológico, dentro de un contexto histórico, social y económico, en donde se insertan las familias, las parejas y su prole.

Ella, de manera similar a las autoras mencionadas, señala cómo hasta el siglo XIX la crianza infantil no era un trabajo exclusivo de la madre biológica, así como tampoco un trabajo que excluyera otras actividades productivas. Es a partir de la industrializa-

ción capitalista que se crean las condiciones que restringen los lazos de parentesco para conformar hogares nucleares, los hombres pasarán gran parte de su tiempo lejos de ese núcleo, dedicados casi por completo al trabajo remunerado en el ámbito público. Es en esa época cuando adquiere legitimidad la separación entre el ámbito público y el ámbito privado, en éste último las mujeres se encuentran cada vez más aisladas de otras mujeres y en general de otras personas, que en contextos históricos anteriores, le ayudaban o intercambiaban servicios: ancianos o niños más grandes que cuidaban a los más pequeños, otras mujeres de diferentes edades que contribuían al trabajo doméstico.

Para Chodorow, en el siglo XX se da una paradoja interesante, pues mientras más se reduce el componente biológico del ejercicio maternal, las mujeres pueden escoger tener menos hijos o no tenerlos en absoluto, así como también existen biberones y leches maternizadas de manera industrial, lo que pondría a hombres y mujeres en igualdad de condiciones para alimentar al bebé; sin embargo, ha ocurrido lo contrario; durante la segunda mitad del siglo las mujeres dedicaron más tiempo que nunca al cuidado de los niños (Chodorow, 1984: 16).

La psicología posfreudiana ha elaborado nuevas racionalizaciones que idealizan y refuerzan el rol maternal de las mujeres y, al mismo, tiempo hipertrofian la importancia de la relación madre-hijo en el desarrollo del niño.

Chodorow considera que la reproducción del ejercicio maternal es el elemento central y constitutivo de la organización y reproducción de las características sexuales femeninas y masculinas.

A partir del psicoanálisis y su metodología, ella demuestra cómo "las mujeres en cuanto madres, producen hijas con capacidades y deseos de ejercer de madres. Esta capacidad y necesidad forma parte y se desarrolla en la misma relación madre-hija" (*ibid.*: 18). Para esta autora, la organización social del sexo es una construcción y para ello retoma la definición de Gayle Rubin,¹² quien define la diferenciación femenino-masculino como un conjunto de arreglos y disposiciones mediante los cuales la materia biológica del sexo y la procreación humana

¹² Gayle Rubin, "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex", 1975.

es conformada gracias a la intervención humana y social a fin de estabilizarla de modo convencional [...] El campo del sexo humano, de la diferenciación sexual y de la procreación ha sufrido la intervención y las alteraciones de incesante actividad social durante milenios. El sexo tal como lo conocemos —identidad sexual, deseo sexual y fantasías, los conceptos de infancia—, es, en sí mismo, un producto social (*ibid.*, 20).

La asignación de la maternidad a las mujeres tiene también una función política, en tanto es medular para definir y articular las asimetrías sexuales. Al predisponer a las mujeres para el ejercicio maternal, se las coloca automáticamente en la esfera doméstica, misma que se subordina a los tiempos e intereses de la esfera pública. Para Chodorow, la maternidad consiste en ser la figura parental nutricia primaria, para ser madre no es suficiente parir un hijo, sino que lo más importante es convertirse en la persona que lo va a socializar y alimentar.

El parentesco está organizado para que las mujeres, en tanto esposas y madres, elaboren con su trabajo las condiciones para que los seres humanos vivan cada día una y otra vez (para que se reproduzcan): los atienden físicamente al darles de comer, lavar la ropa, ordenar. Pero los seres humanos también necesitamos cuidados de otro orden, que dicha autora engloba en el ámbito de lo psicológico: las esposas y madres otorgan "sostén emocional a sus maridos", así como también a sus hijas e hijos.

Chodorow escribe que las mujeres se reproducen a sí mismas en su propio trabajo doméstico cotidiano. Pero en las actuales condiciones de la organización parental, en donde predominan las familias nucleares, no existe forma en que las mujeres puedan reconstituirse afectivamente o recibir apoyo emocional. Ello no siempre fue así, incluso hoy existen grupos no sujetos a la hegemonía capitalista patriarcal, que se organizan de otras maneras y las mujeres se sostienen emocionalmente unas a otras.

Existe, pues, una asimetría fundamental en la reproducción cotidiana. Las mujeres reproducen social y psicológicamente a los hombres, pero las mujeres se reproducen (o no se reproducen) básicamente por sí mismas (*ibid.*: p. 59).

Parsons y los teóricos de la escuela de Frankfurt comenzaron a desarrollar una so-

ciología sicoanalítica de la reproducción social, para conocer en qué medida la familia socializa a los hombres y cómo ciertos tipos psicológicos masculinos se relacionan ya sea con conductas exitistas, competitivas o con comportamientos sumisos o burocratizados, según sea la inserción laboral. Ellos no han estudiado a las mujeres y precisamente eso es lo que se propone Chodorow: retomar sus fundamentos teórico-metodológicos ampliando la perspectiva de la sociología sicoanalítica. Si bien ella reconoce los divergentes énfasis políticos de cada método —Parson, que privilegia la reproducción del orden establecido, y los de Frankfurt que, por el contrario, subrayan las rupturas— lo que le parece más relevante de ambas propuestas es cómo a nivel empírico describen el modo en que el capitalismo industrial afectó la estructura familiar y personal.

En consecuencia, lo que hace Chodorow es describir cómo se reproduce a sí misma la estructura parental, para hacerlo, parte del presupuesto de que el psicoanálisis permite analizar la estructura familiar y la reproducción social. Esta perspectiva permite ver cómo la división del trabajo en la familia asigna a las mujeres el ejercicio maternal, dándole un significado preciso a la diferencia entre los géneros, significado que ha sido construido histórica y socialmente.

El relato sicoanalítico muestra cómo hombres y mujeres son dotados de aptitudes y capacidades diferenciales en el interior de la familia. El ejercicio maternal femenino es un rasgo institucional de la vida familiar y de la división de género del trabajo, el cual se reproduce de manera cíclica.

En su transcurso contribuye a la reproducción de aquellos aspectos de la sociología sexual de la vida adulta que provienen de y se relacionan con el hecho de que las mujeres son las que ejercen la maternidad (*ibid.*: 62).

La mayor aportación de este texto es el hacer notar que las capacidades y orientaciones de las mujeres para criar a los niños, "deben estar incorporadas en la personalidad; no son adquisiciones de la conducta".

Las capacidades para el ejercicio maternal y para gratificarse con él están fuertemente internalizadas y reforzadas psicológicamente; se han desarrollado e incorporado progresivamente en la estructura psíquica femenina. Las mujeres

están preparadas psicológicamente para el ejercicio maternal gracias a su situación precisa en un desarrollo de crecimiento personal, en donde otras mujeres han ejercido la maternidad con ellas.

En el capítulo dedicado a las relaciones entre psicoanálisis y sociología, la autora expone brevemente algunos de los principales debates en ese ámbito; nos interesa retomar la polémica que establece con los culturalistas, mismos que, a decir de la autora, toman en préstamo de la antropología y de la investigación de la personalidad un concepto demasiado holístico de cultura, que los lleva a adoptar un punto de vista simplificador: "el desarrollo consistiría en la internalización directa del mundo cultural y social". Los niños aprenderían formas de comportamiento y un sistema de valores en una forma directa de la realidad social a la realidad psíquica. Es cierto que el mundo exterior afecta el interior, pero no de la manera esquemática y simple que señalan los culturalistas, sino que esa influencia del ambiente exterior en la vida interna del sujeto está mediada por toda una serie de fantasías, introyecciones y proyecciones, ambivalencias, conflictos, sustituciones, inversiones, escisiones, asociaciones, compromisos, negaciones y represiones.

Para Chodorow, la teoría de las relaciones objetales llena el vacío que deja vacante la "antropología de cultura y personalidad". En tanto, propone un relato psicodinámico alternativo sobre la formación de la personalidad, al mismo tiempo que integra la hipótesis sobre el lugar de las pulsiones y de las relaciones sociales en el desarrollo.

Las zonas erógenas (oral, anal, fálica, genital) no se erotizan por sí solas y de manera concomitante con una maduración fisiológica, sino que se libidinizan porque se transforman, para el niño, en vehículos útiles para conseguir contacto personal (*ibid.* 79).

Chodorow explicará la reproducción del ejercicio de la maternidad centrándose en los aspectos del desarrollo que inducen una orientación diferenciada hacia lo parental.

Las orientaciones diferenciadas hacia lo parental se localizan en el desarrollo de las capacidades relacionales y de la estructura intrapsíquica: se localizan en el desarrollo afectivo (*ibid.* 80). A su vez, las capacidades relacionales y la estructura intrapsíquica emergen de procesos de internalización. Esta

autora pondrá su atención en los modos como la estructura y los procesos familiares —específicamente la organización asimétrica parental— afectan la estructura psíquica inconsciente y sus procesos.

Todos los aspectos de la estructura psíquica, el carácter, las emociones y la vida erótica, son sociales, se han constituido durante una "historia de elecciones de objeto".¹³ Esa historia depende de la personalidad y de las conductas individuales de quienes interactúan con el niño, así como también de la estructura familiar y los particulares modos psicológicos que prevalecen en cada sociedad.¹⁴

El niño internaliza de forma inconsciente una relación más o menos conflictiva, esa internalización perdura en su interior de manera relativamente independiente de la relación original.

La escuela estadounidense de cultura y personalidad ha mostrado que las experiencias tempranas de los miembros de una sociedad, contribuyen a conformar personalidades típicas que se organizan en torno de la resolución de asuntos referentes a las relaciones mutuas.

En la medida en que las hembras y los machos experimentan distintos ámbitos interpersonales mientras van creciendo, la personalidad femenina y masculina se va a desarrollar de modo diferente y se va a preocupar de asuntos diferentes. La estructura de la familia y de las prácticas familiares crea algunas necesidades y capacidades relacionales diferenciadas en hombres y mujeres y así atribuye a la reproducción de las mujeres como madres.

A modo de conclusión

El origen del presente texto fueron notas de estudio, la intención primera fue aclararme a mí misma el estado de la cuestión en términos teóricos, me motivaron a hacerlo la conjugación de una serie de circunstancias: la primera fue el diálogo establecido con mi directora de tesis, la doctora Zuanilda Mendoza, sus comentarios, preguntas e invaluable guía me obligaron a intentar construir

¹³ Freud, "The Ego and the Id", ES, vol. 19, p. 29. Cita de Chodorow, pp. 81 y 88, 1923a.

¹⁴ Vid. Reich Wilhelm, *Análisis del carácter* (1926), México, Paidós Studio, 1983.

argumentos consistentes basados en autores pertinentes. Tenía que darle una base firme a mis argumentos y justificar mi osadía de poner en duda cosas muy bien establecidas, como el que *son las mujeres quienes deben cuidar de los niños de manera exclusiva*.

Otra circunstancia fue la experiencia de observación participante de mis sujetos de estudio. Algunas de las mujeres estudiadas a profundidad no encontraban regocijo en la función materna, preferían dedicar su tiempo y energías al trabajo, a la creación artística e intelectual, aclaro, amaban a sus hijas e hijos, pero eso de estar al pendiente de que

si comieron, se bañaron, si tienen ropa limpia, etc., "simplemente no se les daba". Algunas de ellas estaban unidas a cónyuges "muy maternales", quienes siendo hombres masculinos, disfrutaban cuidar a sus bebés, darles biberón, mecerlos, contarles cuentos amorosamente, dormirlos y vigilar el buen sueño de sus hijos. En el mejor de los casos, eran parejas con roles flexibles, que estaban estableciendo nuevos pactos en un contexto que lo facilitaba.

La intención fue contribuir a la creación de contextos de crianza infantil, más equitativos y felices.

Bibliografía

- ÁVILA, Yanina, "Desarmar el modelo mujer=madre", *Debate feminista, Maternidades*, año 15, vol. 30, México, octubre de 2004.
- ANGIER, Natalie, *MUJER. Una geografía íntima*, Madrid, Debate, 2000.
- BADINTER, Elizabeth, *¿Existe el amor maternal?*, España, Paidós, 1981.
- CHODOROW, Nancy, *El ejercicio de la maternidad*, España, GEDISA, 1984.
- FERRO, Norma, *El instinto maternal o la necesidad de un mito*, España, Siglo XXI, 1981.
- HARRIS, Marvin, *Muerte, sexo y fecundidad*, España, Alianza, 1987.
- LAGARDE, M., et al., *Repensar y politizar la maternidad. Un reto de fin de milenio*, México, Gem, 1994.
- MENÉNDEZ, Eduardo, "Biologización y racismo en la vida cotidiana", *Alteridades. Cuerpos, culturas y vida cotidiana*, año 11, núm. 21, México, UAM I, Progreso, enero-junio de 2001.
- Rousseau, 1962.
- Shorter
- Rubin Gaylo, "The Traffic in Woman: Notes on the 'Political Economy' of ser", 1975.
- Freud, "The Ego and the Id" *ES*, vol. 19, p. 29. Cita de Chodorow, pp. 81 y 88, 1923a.
- Reich Wilhelm, *Análisis del carácter (1926)*, México, Paidós Studio, 1983.
- SALAS, Monserrat, "Lactancia materna y trabajo asalariado: ¿irreconciliables?", en Soledad González (comp.), *Las mujeres y la salud*, México, Colmex, 1995.
- TUÑÓN, Esperanza (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, vol. 2, México, Ecosur, 1999.
- TUBERT, Silvia (ed.), *Figuras de la madre*, España, Cátedra, 1996.